

Capítulo 4: Matar o jugar

Tan solo unos días los separaban de la residencia del conde, así que nadie se opuso al cambio de planes. A Furia no le entusiasmaba la idea de buscarse una casa grande en una aldea bonita y vivir del temor que inspirara a los habitantes. A ella no le gustaban las casas, ni las puertas, ni las ventanas. Le gustaban la hierba, los árboles, el bosque, la tierra, el cielo.

– ¿Crees que solo tenían bronce en esa aldea? –preguntó Petaco.

– Nuestra amiga Furia se encargó de que nadie se atreviera a engañarnos cuando el joven ese nos dijo que no tenía ni una sola moneda. Al menos murió bien rodeado.

– Lo enterrarán, los gusanos serán más felices y la tierra será más rica –argumentó Furia en su defensa.

– Como nosotros –se jactó Notas–. Cuarenta y dos lotos de bronce. ¡Já! ¿Qué se podrá comprar con tantas monedas?

– ¿Un condado? ¿Una fortaleza? –se ilusionó Petaco.

“Idiotas”, pensó Furia.

– No creo que el bronce nos dé para tanto. Es cierto que una fortaleza no nos vendría mal, aunque dudo que unos muros nos protejan de las Cien Tribus, si se enteran de que Furia se refugia entre ellos –la mujer le dirigió una mirada recriminatoria–. ¡Pero seguro que hay de sobra para llenar de vino y cerveza esa panza que tienes durante las próximas tres lunas!

Petaco soltó una carcajada y levantó la botella que agarraba hacia los cielos, como para celebrarlo. Luego, evidentemente, se la llevó a la boca. Había que aprovechar toda ocasión para beber, y esas eran básicamente todas en las que uno no hablaba.

Lo primero que hicieron al llegar fue mantenerse ocultos tras las rocas en las alturas, estudiando durante varias horas la tranquila aldea de Handamart, ahora llamada Tejmerel, que descansaba al borde de un pequeño arroyo. La fortaleza se erguía en lo alto de un farallón y sus muros parecían haberse mimetizado con la pared rocosa hasta tal punto que era prácticamente imposible diferenciar lo natural de lo artificial. Dos torres cuadradas vigilaban la larga escalinata labrada en la misma roca y que subía desde el pueblo.

Tenía la sensación de ser la única que se lo tomaba en serio y eso la ponía de muy mal humor. Además, no le gustaba en absoluto la nueva ropa que llevaba: una camisa azulada de lino, un pantalón de cuero y un chaleco de hombre que le venía grande.

Petaco estaba tirado en la hierba, sin botella y con cara de asco, haciendo algo que se podía asemejar a un rezo. O eso le parecía a Furia. “Implora a tus dioses a ver si te cae una botella del cielo y te quita esa cara de desesperado”, se dijo para sí. Se consoló pensando que a él las cosas le iban peor, ya que su camisa le quedaba pequeña y ni siquiera podía cerrarse los botones.

El otro tenía el laúd en el regazo y estudiaba con el ceño fruncido unas hojas sueltas con líneas negras sobre las que de vez en cuando añadía símbolos extraños gracias a un tallo y su diminuto tintero de viaje.

Furia sintió que la rabia empezaba a hervirle en el estómago. Eran una panda de vagos y estaban esperando a que ella hiciera todo el trabajo por ellos. Se contuvo lo justo para no matarlos ahí mismo.

– ¡Eh, Notas! ¿No querías ser el jefe?

– Lo soy –afirmó con voz serena, sin desviar los ojos de sus hojas–. ¿Por qué?

– ¡Para que muevas tu asqueroso trasero!

– No podemos subir a ese sitio. Ya ves que solo podríamos acceder por esa escalera y nos acribillarían a flechazos antes de ver siquiera la entrada.

– Subiremos de noche –sugirió Furia, asertiva.

– Pues eso, ¿qué más podemos hacer a parte de esperar? –replicó triunfal el músico–. Ahora, permitidme que os deleite con esta alegre melodía.

Y se puso a rasgar las cuerdas de su laúd con movimientos suaves pero rápidos y una precisión que siempre dejaba a Petaco hipnotizado.

Furia en cambio refunfuñaba algo apartada de los otros dos. La música siempre la había incomodado. En su clan, los que tocaban en público eran de la peor calaña. Mostraban sus emociones y sus sentimientos a través de ella, sin pudor alguno. En algunas tribus, eso era peor que insultar al jefe. Estaba segura de que el hecho de que fuera músico tenía mucho que ver con que Notas se hubiera visto obligado a exiliarse.

Decidió que no quería escuchar la música de un Mahasa y se largó de allí sin decir nada. Bajó por la pronunciada ladera con la prudencia de ocultarse entre los troncos y las sombras para que no la viera nadie.

Llegada a la aldea, avanzó junto a la verja hasta la casucha más cercana. Le molestaba la bolsa de dinero y para colmo las monedas hacían ruido. Por un momento pensó en esconder la bolsa en algún sitio y recuperarla después, pero desechó la idea finalmente. Atravesó la campiña a todo correr y bordeó un redil hasta llegar a la primera casucha de adobe. No oyó a nadie así que se coló por la ventana y examinó el lugar.

Una casa oscura, austera y fría. Ni mesas ni sillas. Un gran colchón en una esquina, un armario de puertas desvalidas, una cómoda de madera podrida con cajones y una balda en la pared llena de bagatelas. Sobre la cómoda había un pequeño espejo polvoriento en el que vio su propio rostro rosado y su tatuaje de espiral bajo el ojo izquierdo. Ojo verde como el bosque, y una pupila negra como la noche. Tenía el pelo sucio y enmarañado, lleno de nudos, aros y perlas que colgaban de finas rastas o largas trenzas, así que se puso a arreglárselo allí mismo, en una casa ajena, en una aldea desconocida, en unas tierras lejanas.

Luego, Furia reconoció el objeto que descansaba al lado del cristal, el más brillante de la casa. Era un Pento, el símbolo de la religión que el imperio suná impuso a su tribu durante décadas. La religión limerea. Se decía que los Samprati abrazaron el Pento mucho antes de convertirse en emperadores, lo cierto era que a Furia le traía sin cuidado. Odiaba a los Samprati y odiaba a los limereos.

Cogió el odioso símbolo dorado y lo inspeccionó un instante. Representaba una mano dorada como pidiendo calma, y cada dedo tenía una fina raya de diferente color. Una raya amarilla en el pulgar, azul en el índice, blanca en el corazón, roja en el anular y verde en el meñique.

Recordaba perfectamente las historias que le contaba su padre y cómo se reía de éstas. La mano de Limeres pidiendo calma a sus cinco hijas, a las cinco destructoras. A Furia nunca le habían hecho gracia esas historias.

Llevada por una amarga tristeza al recordar a su padre, tiró el Pento contra la pared y miró como el objeto se estrellaba sin romperse. El golpe retumbó en la casa entera. Oyó movimiento en el exterior. “Mierda”. Se ocultó agazapada en la esquina más oscura, tras el armario. Poco después, alguien abrió la puerta. Se puso alerta. Una persona entró en el interior.

Era un hombre. El tipo iba casi desnudo, tan solo un taparrabos cubría sus partes y llevaba un collar de cuero del que colgaba un cencerro que se sujetaba con la mano para que no hiciera ruido.

Furia conocía muy bien esas campanillas. Su padre tenía una que guardaba como recuerdo de la pesadilla que tantos años duró. Un esclavo. ¿Cómo podían tener un esclavo en esa casa tan austera? ¿O sería la casa del esclavo? ¿Y cómo iba un esclavo a tener una casa? Su mente disparó varias ráfagas de preguntas que no pudo responder.

Se llevó la mano al costado para palpar el sable envainado y comprobar que estaba ahí. Eso siempre tenía un efecto tranquilizador en ella. ¿Aunque qué había de temer de un esclavo? Podría desmembrarlo con una sola mano. Y sino, tenía otra. Y múltiples cuchillos ocultos.

El esclavo debía tener unos quince veranos. Era alto y esmirriado como un espárrago, con la tez igual de amarillenta. Cuando se acercó al colchón, y por consiguiente al armario, Furia notó el hedor a estiércol que despedía.

La intrusa lanzó un trocito de madera suelto por lo bajo, y el sonido que provocó en la otra esquina hizo que el esclavo se diera la vuelta. Fue entonces cuando se abalanzó sobre él y lo inmovilizó contra el suelo. Con un cuchillo le cortó la correa del cuello para que el cencerro no alertara a más gente.

– Si gritas, te mato. Si no susurras, te mato –advirtió en escalofriante voz baja–. ¿Quién es tu amo, esclavo? ¿Dónde está?

– El conde... Mi amo. Estar arriba. Fortaleza –replicó en un trémulo susurro.

– ¿Quién vive en esta casa?

– El sacerdote... Sacerdote Ganeshe –siseó.

– ¿Por qué estás en su casa?

– Yo trabajar para Ganeshe –explicó, visiblemente confuso y asustado–. Regalo de conde para sacerdote.

Furia se relajó un poco. El chico ni siquiera intentaba resistirse, sus brazos estaban flácidos como limacos y era evidente que apenas podría oponer resistencia incluso si quisiera.

– ¿Alguna vez viene el conde a esta casa?

– Conde no venir aquí. Sacerdote subir.

No sería muy anciano si podía subir tantos escalones sin desmayarse, caviló Furia. Luego sopesó si debía matarlo o no. Si lo hacía, levantaría sospechas. Si no lo hacía, el tipo podría hablar. De hecho era muy probable que hablase. Decidió usar esa carta a su favor.

– Está bien. Necesito ayuda. Me persiguen dos heterocromos. A tus jefes les interesa cogerlos también. Dile eso al sacerdote. Él te lo agradecerá. Igual te da más comida. Heterocromos. ¿Entiendes? Repite la palabra.

– Heretocormos.

– No, imbécil. ¡Heterocromos!

– Heterotromos...

Furia lo sacudió violentamente agarrándolo por el cuello, dificultándole considerablemente la tarea de hablar.

– ¡Heterocromos! ¡Heterocromos! –logró chillar con la garganta encogida y la nuez haciéndole presión.

– Bien. Ve a buscarle y díselo. ¡Rápido!

Furia lo soltó y el esclavo se agarró el cuello con las dos manos. Ya no tenía el collar con la campanita, pero aún parecía tener algo que lo oprimía. “Quizá me haya pasado un poco”. Sintió un atisbo de remordimiento. Siempre había sentido más simpatía por los esclavos que por sus amos. Aunque todos los esclavos eran idiotas a ojos de Furia, por no intentar escapar. O, en caso de no conseguirlo, por no quitarse la vida. Ella nunca viviría arrodillada.

Observó como el tipo salía corriendo por la puerta y se asomó para comprobar que se dirigía hacia el farallón y la larga escalinata labrada en la roca. Luego, examinó la aldea desde prudentes escondites y con cuidado de que nadie se percatara de su presencia. Rellenó su odre de agua en un abrevadero donde holgazaneaban dos tristes jamelgos y luego robó una longaniza que colgaba del techo de un tugurio.

Cuando se dio por satisfecha emprendió el camino de regreso hacia las rocas del promontorio donde le esperaban un músico impertinente y un gigantón con un hígado a prueba de maremos.

– Esta noche habrá jaleo en la aldea –declaró sonriente cuando sus dos compañeros la vieron llegar.